



EL TERCER VIAJE DE CRISTÓBAL COLÓN ¹

(1498 A 1500)

I

UN lapidario, llamado Ferrer, acreditadísimo en aquel tiempo, escribió á los reyes meditada Memoria, encareciendo las ventajas y las riquezas del mundo de Mediodía; y esta Memoria, comunicada por los reyes á Colón, influyó con poderosa influencia en los derroteros al Sur del tercer viaje. Después de haber pasado las felices posesiones de Portugal en la zona templada, demandó el Almirante la zona tórrida. Y con efecto, alongádose había mucho espacio de los tristes archipiélagos portugueses, conocidos por antífrasis con el nombre de islas de Cabo Verde, cuando entró en las aguas dormidas é inertes. ¡Horrible caso! Durante algunos días el cielo se oscureció en tal manera y abundaron las nubes en tanto número que parecían metidos los nautas dentro de aguas hirvientes, cuyas burbujillas despidiesen muy espesas humaredas, prestando al día el aspecto siniestro de cálida y caliginosa noche. Nunca, sin embargo, hubiera lucido el sol para tan míseros y probados mortales. Aquellos rayos, que despiertan esperanzas sin número en las zonas dulces, y atraen los saludos del ave y los esmaltes del rocío aquí; allá, en la zona tórrida, difundían la muerte con sus botes homicidas y trastocaban todo lo líquido, ligero,

¹ Trozo sacado de la *Historia del Descubrimiento de América* (en prensa).

fluido y aeriforme de suyo, en algo así pesadísimo, como los inacabables desiertos de abrasadas arenas. Un sol, que creeríais en contacto con vuestra cabeza como ingente brasa, devorándoos el cerebro; unos rayos perpendiculares, que caen como haces de fuego y truecan en voraz incendio el aire mismo sin un soplo; una calma imperturbable, bajo la cual se pliegan como alas de ave moribunda las banderolas y las velas inmóviles; un mar de acero caldeado, semejante por lo bruñido á inmensa rodela; un calor infernal, que derrite la brea y requebraja los toneles y seca el agua como el vino y tuesta el grano y asfixia el pecho y afloja todas las fibras, esparciendo en las tripulaciones laxitud tal que os entra una soñarera semejante á los accesos del sueño último; la inmovilidad como si barcos y ondas se hubieran petrificado; la inercia universal como si la vida se hubiera extinguido y acabádose la movilidad consiguiente á la vida; un silencio y un vacío mayores que los supuestos por todas las teogonías en los abismos donde se dilatan y extienden las tinieblas y las soledades eternas: he ahí todo cuanto hallaron Colón y sus marinos, al entrar en aquellas regiones, donde aguardaban ver, al reclamo y alucinación de tantas promesas, renacidas poco después de frustradas, aguas en que á su vista se cuajasen las perlas y montañas en que á la continua se cristalizaran los rubíes bajo un horizonte y sobre un océano celestiales. Ocho días estuvieron así, ocho días en que imaginaron morir mil veces. Chubascos refrigeradores, brisas propicias, corrientes impulsoras, y algún que otro cambio de rumbo aliviaron un poco la situación; pero no trajeron remedio ninguno al hambre y sed emanadas de la imposibilidad de todo alimento y de toda bebida por la descomposición del bizcocho y por los derrames de las aguadas. En todas partes os incomoda la sed; pero en parte ninguna como en el mar, donde la tienen los marinos por uno de los tormentos que ha causado más muertes y hecho más víctimas en aquella líquida inmensidad, donde parecen llameros y atraeros las aguas despertadoras del ardiente insaciable deseo. Ya iban á beberse la sangre de sus encías en el ardor de sus fauces y á prepararse para morir en la mayor conformidad posible con los decretos de la Providencia, cuando un criado del Almirante, subido á las gavias, dió el grito de tierra y señaló tres cumbres de montaña parecidas á tres rotondas de zafiros transparentes que se destacaban en la inmensidad etérea de aquel horizonte poco há maldito.

II

No comprenderá, no, en estas críticas horas y en estos instantes supremos al descubridor quien lo juzgue por las cualidades características de un sabio moderno, inductriadísimo en matemáticas y demás ciencias exactas; con su compás de acero en la mano y su tabla de logaritmos á la vista; de todo arte y de toda fe desvestido; estudiando los fenómenos en una observación desnuda de poesía y de esperanza; resuelto por su materialismo dogmatizante á no encontrar en los espacios sino la

indiferencia brutal del Universo exclusivamente compuesto de fuerza y de materia.

Colón, ido por sus estudios al cabo de las ciencias matemáticas, y aun físicas, tal como entonces las profesaban los mayores maestros; observador pacientísimo de los horizontes y de los océanos, como habrá de serlo por fuerza todo marino; al encontrarse con relaciones tales entre los espacios extendidos bajo sus pies y los extendidos sobre su cabeza, que las naves parecen surcar el empíreo; teniendo salinas arenas abajo y en lo alto luminosas arenas, con todas las cuales precisa contar en todos los derroteros; profeta adivinador, amén de sabio, pues cien rumbos, tomados cuando iba como un ciego palpando lo desconocido en las espesísimas sombras del misterio, provinieron de un indeliberado impulso; unía con estas altísimas ciencias de cosmógrafo y estos presentimientos proféticos de agorero un culto por la Naturaleza tan grande, que sus diarios sencillísimos semejan odas y sinfonías animadas por el soplo de la vida universal; y una piedad, tan intensa, que le impelía en todas las ocasiones extraordinarias á caer de hinojos sobre las tablas de sus buques en adoración al Autor de todo lo criado, piedad mezclada con cierto milenarismo, cuyas sugerencias le hacían ver un Apocalipsis material tras todas las cosas, y con cierto gnosticismo, cuya vaguedad ponía en torno de los seres todas idealidades entre cristianas y panteístas, despedidas por la infinidad del mar, la infinidad del cielo y la infinidad del espíritu, por los tres infinitos, que identificaba él en la esencia incomunicable de Dios. Así el Evangelio de San Juan, revelador de la palabra creadora, Logos ó Verbo, cautiva poderosamente á esta especie de creador, quien parece ir evocando tierras en el espacio marítimo, tan hermosas como las estrellas en el espacio celeste, al conjuro de ideas entre matemáticas y teológicas, inspiradas las primeras en sus estudios técnicos y las segundas en este dogma de la Trinidad, que, si bien une las tres personas divinas en la sustancia esencial, identificándolas, también las distingue y separa de algún modo, sin dividir las del ser común suyo, y que, sin dejar de reconocer en todos los mismos atributos, atribuye al Padre lo eterno, lo inmóvil y fundamental, como al Hijo la creación por medio del Verbo, como al Espíritu aquel soplo de vida que lo alienta todo y todo lo mantiene. Colón asemejábase mucho á los alejandrinos en su método y práctica de las analogías tan manifiestas doquier; y jamás contempló lo visible con sus ojos de carne, sin elevar á lo invisible la mirada interior de su espíritu; y jamás observó un fenómeno sin engarzarlo en aquellas leyes universales á que llamamos noumenos; pues como la misma luz brilla en el aerólitho fosforescente que semeja humilde alada luciérnaga y en la estrella sirio que nos revela un sol circuído de opacos mundos; el mismo Dios, trino y uno, lo baña todo con su Verbo y á la misma divina ley están sujetos desde los infusorios en la gota de agua humilde hasta los ángeles en la celestial bienaventuranza. Así con igual facilidad empleaba el Almirante la inducción, subiendo de los hechos á las ideas, que la deducción bajando de las ideas á los hechos; y lo mismo recurría para ver el verbo interior transparentado en las cosas y el universal espíritu animador de las especies al rayo de la Fe que al rayo de la Ciencia. En la salida para su tercer viaje con

toda religiosidad invocó el nombre de la Santísima Trinidad; y al llegar, después de tantas fatigas y trabajos, á tierra nueva nuevamente, halló tres celestiales cumbres unidas por sus raíces en una sola montaña como las tres hipóstasis trinitarias están unidas é identificadas por lo uno de su esencia en la misma divinidad. Podrá parecer esto Kábala y magia y mística en el método matemático al uso ahora, que hace de los filósofos y los sabios abstractas cifras, desnudas de carne y hueso y sangre; pero imposible habrá de ser al historiador el conocimiento de la epopeya colombina, como el reconocimiento al divino poeta que la dejó grabada en cielo y tierra con sus odiseas inmortales hacia lo desconocido y oculto, sin parar mientes en las chispas de intuiciones religiosas é ideas científicas á un mismo tiempo, despedidas de su espíritu y que ciñen á sus sienes el místico nimbo de sobrenatural aureola.

Como la nota no es únicamente sonido, es armonía, por el espacio y el tiempo, que le ha señalado la inspiración música; como en el cuadro no hay solamente color, tan análogo al sonido, sino línea geométrica trazada por el arte; como en la célula no hay sólo germen, sino virtud y potencia tendentes al órgano, cual el órgano tiende al organismo, y el organismo á las especies, sistemas encadenados por una lógica inconsciente; hay en el universo, de que todos formamos parte; y hay en la vida universal, donde todos nos bañamos, no solamente átomos combinados hasta producir sonidos y colores, hay escalas, hay poesías, hay espíritus, hay arquetipos, hay por último ideas, luz de la luz, descendiendo de Dios mismo en las revelaciones del ideal religioso, en las revelaciones del ideal artístico, en las revelaciones del ideal científico, trilogía también divina, como la Trinidad que invocara Colón en las plegarias del espíritu suyo al zarpar hacia lo desconocido y como la Trinidad que halló en su tercer viaje al contacto de su interno pensamiento con el Nuevo Mundo en los espacios oceánicos.

III

Por los últimos días de Julio en 1498 encontró la Trinidad y por los primeros de Agosto el nuevo continente. La Trinidad le pareció como las huertas de Valencia en Marzo, y la navegación de la Trinidad en adelante no le mostró más que playas despobladísimas y de una desesperante monotonía. Pero, al transcurso del tiempo y al sucesivo estudio del espacio, toparon pronto con selvas pobladas de bohíos, y con canoas cargadas de indios. Entre las últimas vieron una, que les fijó extraordinariamente aquella intensísima natural atención, puesta por los descubridores sobre cuanto surgía doquier á sus ojos. Tripulábanla jóvenes indios absortos en contemplar tales máquinas nunca por ellos soñadas, las cuales debían aparecérselos cual marinos monstruos dotados de alígeras alas, conduciendo sobre sus lomos hombres vestidos de acero, que debían ser, por sus aposturas y por sus vestimentas, verdaderos dioses. El

asombro anegó á los indios en éxtasis; y el éxtasis los petrificó en fría inmovilidad. Para distraerlos de su absorción extática, y llamarlos á sí, Colón mandó tocar el parche y tañer algunos instrumentos, que movieran los marineros al baile; pero debería este gozoso ejercicio de bailar allí preceder á los combates, cuando requirieron los indios sus armas, y las aprestaron, en actitud amenazadora de ataque y són fragorosísimo de guerra; por lo que mandó Colón disparar los mosquetes, cuyos estampidos produjeron sus habituales efectos, la sumisión súbita de aquellos seres edeniscos é inocentes á los poseedores del trueno y del rayo. Colón observó cómo habían aquí marrado alguna de sus provisiones, pues, navegando en latitudes más hacia el Sur que Guinea, creyó encontrar gentes más negras que las de tal región, y por lo contrario, encontrálas mucho más blancas. Entre los cabos de la Trinidad y otros fronteros extendíase un trozo de mar tan peligroso por los remolinos semejantes á trombas ahupadas al choque y batida de las aguas unas con otras, que lo denominó boca de Sierpe y colocó su nombre y su recuerdo entre las muchas malandanzas de los temerarios suyos. Pasó de allí á otro pedazo de mar tranquilo, el cual se le ofrecía con suma seducción hacia el Sudoeste; y llegado allí, tuvo delante de su nao la tierra firme, que creyó isla, como creyera tierra firme á Cuba, siendo isla. Mucho disputan los historiadores acerca de si Colón bajara ó no bajara de su nave al suelo; muchos datos aducen algunos en demostración de que hubo por las líneas boreales quien viera, un año antes, Sebastián Cabot, por ejemplo, la tierra continental; pero, como el toque de descubrir no está en el acto de bajar á tierra; y el confuso litigio de las fechas no queda muy claro, según los mismos autores que regatean á Colón la prioridad en el hallazgo de la tierra firme americana, reconozcamos á la Providencia premiando con merced tan grande, como la de haber quedado el día de la llegada de Colón el más cierto y más seguro en los varios arribos y abordos cercanos al suyo entre las exploraciones coetáneas á las dos últimas realizadas por su esfuerzo y su constancia en el Nuevo Mundo. Llamábase costa de Paria la costa que á su vista Colón tenía en aquel momento; y se diferenciaban sus pueblos de los demás pueblos antes invenidos en la color de los naturales, más blancos que otros indios y en traer al rescate perlas y aljófares no vistos en ninguna parte, ostentando al cuello espejillos de oro muy ricos y muy relucientes. Por allí estaba, por el espacio comprendido entre América y Trinidad, cuando le sorprendió un extraño fenómeno, un monte de agua, que se le vino encima, y puso en aprieto al fin las naves todas salvas en parte por milagro y en otra parte por diestras maniobras. Colón supo que se producían estos choques al topetazo de las corrientes fluviales, tan crecidas éstas y tan copiosas, que dulcifican muchos espacios oceánicos leguas y leguas fuera de sus bocas. Por tanto dedujo pertenecer aquellas aguas dulces á tierra firme y continental, pues únicamente dimanando de lejanísimos territorios y recibiendo en su cuenca y lecho los afluentes de muchos caudales tributarios, podían entrarse con tanta soberanía en el inmenso Atlántico y limpiarlo de sus acerbidades y de sus amarguras.

IV

Después de haber dado con este acierto, cometía un desacierto, trasladándose del campo de la observación al campo de la hipótesis en un vuelo y conduciendo las aserciones allende lo permitido á una sana lógica, en deducción é inducción infundadas y sin datos, por el carácter hiperbólico de una fantasía inquieta, si bien creadora y luminosa, con aseverar que no podía ser aquel recién inventado un mundo nuevo, sino la secular Asia, cuyos ríos parecíanle Tigris y Éufrates, por lo caudalosos, por lo amplios y largos, por lo fecundos y fecundantes, por lo parecidos al que corría en aquella sazón bajo las quillas de sus naves y endulzaba en todas direcciones el mar acerbísimo y amargo. Y, después de haber dicho todo esto, aun entraba más adentro y más arriba subía en fantaseos, creyendo haber dado con la región, donde un día estuvo el jardín edénico sin mancha ni sombra de nuestros primeros padres sin pecado ni culpa, según todo cuanto leyera en sus libros y observara en sus viajes, iluminado por los conocimientos que le suministraban sus propios estudios y por las revelaciones que había debido al cielo en sus ensueños y en sus plegarias, cuyos vapores lo sumergían en el éxtasis de un verdadero arrobamiento. Y cuando tales ideas por la mente le surgían en tropel, y de la mente le bajaban en borbotones á los labios, hablaba él, cual dentro de verdaderos transportes, á la manera profética de Isaías, designando en sus versículos España, la estrella vespertina, como reveladora del planeta todo y destinada en los planes providenciales á difundir el nombre de Dios por las últimas tierras y sus más remotos confines; de Salomón, dirigiendo tres naves en busca del Sopara, monte á cuya presencia permanecieron estas naves tres años; de Alejandro, que quiso levantar el plano y designar el punto de la isla Trapabona en los espacios indios; hasta de Nerón, empeñado en expedir embajadores allende los templos de Júpiter Annón y allende los arenales del desierto Libio y allende las fronteras de todo lo explorado y conocido en la Nubia de su tiempo al fin de que le averiguaran y dijera dónde nacían los manantiales verdaderos del Nilo, que las gentes de su tiempo se figuraban bajados al suelo desde la luna: imaginaciones diversas y vagas, demostrativas de como no había facultad en el descubridor, que pudiese atrofiarse, cuando trabajaban todas á una, desde la sensibilidad hasta la inteligencia, por descubrir y revelar el orbe, según su misión verdaderamente celestial, y digna de colocarse por la humana gratitud junto á las más extraordinarias, que hayan adivinado y cumplido los más inspirados profetas y los más excelsos reudentores en la Historia Universal. Y llevado de sus profundas observaciones, mezcladas con sus múltiples fantaseos, hablaba de la tierra y su forma, diciendo no poder creerla esférica ó redonda del todo, sino más bien como pera de árbol ó mama de mujer, en cuyos pezones debía el paraíso hallarse, por cuanto dijeron Beda, Escoto, Estrabón y San Isidoro, según sus recuerdos, escritos muy cerca del punto, donde

se acaba el cielo boreal y comienza el cielo austral, entre visiones dibujadas en su retina y en su pensamiento, no sólo por la evocación muy confusa de sus lecturas traídas á cuento en aquel extraño lugar y singularísima ocasión, por las corrientes magnéticas de aquellos espacios del globo y por los centelleos luminosos de las constelaciones, sino entrevistas, adivinadas por él en los comienzos de aquel nuevo hemisferio. Corrige al descubridor una parte de sus ideas, dictadas por incertísimas remembranzas y alucinaciones ciertas, el amigo y biógrafo suyo Las Casas, diciendo que no fueron á Sapor las naves de Salomón, sino á Ofir; registrando luego cuanto desde Ptolomeo hasta San Anselmo se ha dicho de la isla Trapabona, que hierve así en perlas como en elefantes, según concepto y sentir de Josefo, y está, según Pompinio, habitada por unas hormigas muy grandes, que sacan el oro de la tierra con sus uñas muy largas y lo colocan en montones como montañas; de lo cual no resulta sea la Española, según afirmara el Almirante, pues, de serlo, no se verían los Septentiones, que son la Osa Mayor llamado Carro, y la Menor, que es la Bocina, como afirma Solino que no se ven de la Trapabona, reconocida por mandato del grande Alejandro, mientras todas estas constelaciones se ven desde la Española, explorada por Colón, concluyendo tras largas disertaciones con todas cuantas noticias recogiera respecto del Nilo en sus prolijas lecturas, puestas como comentarios amplificadores á las notas colombinas, difusas todas ellas en esta Historia de las Indias, precioso manantial de donde fluyen innumerables ideas, esclarecedoras del poema que se llama la invención del Nuevo Mundo. Leed la relación del tercer viaje, por Colón improvisada, y veréis junto á observaciones ingeridas allí por un infantil candor noticias científicas como la hinchazón del planeta por su Ecuador y como las corrientes marinas en los abismos del Océano, juntas con efusiones líricas como la descripción del horizonte y del suelo. Así creía subir á las alturas, verificar una especie de ascensión divina, como si las velas de sus naves fueran alas angélicas para elevarse al Tabor de una transfiguración y desde la transfiguración reingresar en el renovado y rehecho paraíso. ¡Cuánto se burla de tal concepto el prosaico criterio de aquellos que consideran la Naturaleza como un montón de fenómenos y la historia como un montón de hechos y la humanidad como un montón de individuos! Y bajo aquel cielo transparente y etéreo; en el diluvio de creatriz y animadora luz; al desagüe de ríos que parecían mares dulces; entre cabos relucientes como enormes murallas compuestas de multicolores pedrerías; á la vista de montañas puestas cual incrustaciones y relieves de lápiz-lázuli y corales-rosa en los lejanos límites del horizonte; oliendo aquellos aromas, á cuyos effluvios la vida se dobla y la sangre se enciende; ante los cactus de reverbeos metálicos, los bambúes coronados por sedosa flor semejante á flexible y vistósima pluma, los palmitos en el bajo suelo y los cocoteros en el alto aire, las acacias ceñidas de guirnaldas, las enredaderas festoneadas de ramilletes, la lluvia de hojas aromáticas, la nube de colibríes tornasolados, los arrecifes cubiertos de madre-perlas, el oscuro cacao de almendra suave y dulcísima, los maizales infinitos, las palmas sonoras, la vegetación tropical cargada por

su flora de iris inextinguibles; bien podemos justificar el que Colón se levantara entre tantas maravillas y tantos milagros enajenado, y creyera que, redimida la humanidad por Cristo y por su navegación rehecho el planeta, se había perdido toda memoria de la vieja culpa y se había recontrado entre los mares y los cielos nuevos el antiguo Paraíso.

V

En estas expediciones, tan útiles, pero tan penosas, contrajo Colón una oftalmía, que lo tuvo como ciego, y una debilidad, que lo tuvo como muerto. Así resolvió partirse á la Española, germen de todas las colonizaciones futuras y centro donde todos los radios de sus empresas debían á una juntarse. Fundadísimo cuidado el suyo, pues la isla, desde su ausencia, iba de mal en peor. Había tomado el gobierno por mandato suyo, que los reyes aprobaron, el enérgico y tenaz D. Bartolomé, su hermano, con la dignidad y denominación de Adelantado. La capital del territorio quedaba erigida definitivamente á la desembocadura del Hozama, donde se constituyera Santo Domingo, ciudad que aun hoy conserva su nombre. Ya en Santo Domingo comenzó Bartolomé correrías hacia todas las direcciones posibles, mostrando en ellas á los indios el poder español y exigiéndoles el debido tributo. Estas expediciones tenían un carácter tan civil, que nunca se hablaba en ellas de ningún asunto religioso, sino del gobierno reconocible por los indios y del tributo prestable á los españoles. El piadoso Las Casas revuelve su pluma indignado contra tal descuido y lamenta que penetraran allí los castellanos como conquistadores y no como católicos. Así, pues, con exclusivas pretensiones de poder y dominio enderezó Bartolomé sus pasos al río Neyba y entró en los territorios del rey Behechio. Sintieron mucho los naturales tal profanación de su territorio y se aprestaron á cortar el paso de los irruptores en abierta campaña. Mas ¿qué campaña podían sostener, observa Las Casas, ante lanzas y mosquetes con sus barrigas desnudas? Á la presencia del extranjero los afectos de odio se trocaron en afectos de amistad; y un recibimiento de sumisión y homenaje sucedió al recibimiento de resistencia y de guerra. En vez de hallar un general, hallaron una Diosa, la célebre Anacaona, que merecería figurar en los Metamorfoseos de Ovidio y en los jardines de Armida. Sabia, poetisa, compositora de aretios ó danzas, agorera, verdaderamente reina, parecíase á las amazonas frigias exterminadas por Aquiles, á las sacerdotisas celtas puestas de pie sobre los dólmenes y bajo los robles para dirigir las plegarias del pueblo hasta las misteriosas divinidades del cielo. Una guirnalda de flores la coronaba; un manto de flores pendía desde sus hombros á sus plantas; en andas de flores iba; y bajo un dosel de flores se asentaba; circuída por compañías de guerreros que la custodiaban y sendos grupos de doncellas á un lado y otro de su palanquín que la divertían trenzando y destrenzando bailes ideados por ella, en que tendían al paso con acompasadas cadencias

palmas y ramilletes, cuyas hojas alfombraban el suelo y cuyos olores aromaban el ambiente. Alojaron á los españoles en cabañas muy compuestas; ofrecieronles hamacas muy limpias; obsequiaronlos con panes de cazabí, guisados de hutía, y vino de maíz; ofrecieronles alardes guerreros que llegaron hasta la realidad triste de verter sangre y que mataran mucha gente, si Bartolomé no lo impidiera con su piadosa intervención.

Cuando notificó éste al reyezuelo su decisión de imponer tributo, respondióle cómo extrañaba tal pretensión en el cristiano, careciendo sus dominios del oro tan requerido y buscado por los advenas. Pero, como le replicara Bartolomé que se satisfacían los dominadores con una porción de los productos cosechados, reconocióse tributario del gobierno español con buena voluntad y muchísimo gusto. Yaragua se llamaba el territorio tan fácilmente sometido; y de Yaragua se partió Bartolomé á inspeccionar los establecimientos así de Isabela como de Cibao y los demás erigidos en testimonio de la dominación española. El estado de la colonia dejaba mucho que desear; y las relaciones de los colonos hispanos con las tribus indias molestaban á éstas, resignadas con la obediencia y tributación; pero no conformes con el dominio continuo de sus altivos señores. Así llegaron á concertar los molestados una formidable insurrección y á poner en cabeza de ella con empeño al cacique Guarionex. Salió éste al campo llevando unos 15.000 hombres mal contados, y aunque intentó arremeter con furia, cayeron todos con espanto rotos y cayó él mismo prisionero. ¿Quién resistiría el empuje de los caballos, el peso de las armaduras, el estrago de los mosquetes? Los rebelados pedían á gritos y lloros, en el suelo revolcándose como niños, la suelta de su cacique, muy creídos de ganar con las lágrimas lo perdido en las batallas. El influjo de la civilización sobre la barbarie se nota y el dominio natural de los descubridores en circunstancias así. Cuando en visita hecha de nuevo por Bartolomé á Yaragua, mostró los barcos y disparó los mosquetes; indios de todas clases cayeron derribados de terror, suponiendo aquel trueno como bajado de las nubes á la tierra, los autores de tal fulminación verdaderos dioses; y templos celestiales aquellos barcos movidos por el viento que gemía en sus velas. Así el tributo creció; pero no menguaron los males. Pagaba el indio demasiado y no recibía el español sustento de tal tributo. Como donde no hay harina todo es mohina, un criado del Almirante se alzó en armas á expresar las dolencias y á tomar los desquites. Llamábase Francisco Roldán y ejercía cargo de Alcalde mayor en la isla por investidura del mismo, contra quien se rebelaba en su criminal ingratitud. El temperamento despegado de Bartolomé le sirvió á la insurrección, que tenía disuelta en su sangre. Y deseoso de arramblar al torrente de su cólera todo lo encontrado en torno suyo, airó á los indios, porque pagaban el tributo con excesivas creces y á los españoles porque no lo recibían íntegro ni con él remediaban sus necesidades. Tumultuó los carpinteros y aserradores que fabricaban carabelas; cogió bueyes de las vacadas y potros de las yegudas reales; alzóse con las llaves de los almacenes y redujo los gobernadores á tal aislamiento y encierro, que desde las fortalezas debían comunicarse con él por

medio de enviados, y si faltaban éstos, con previo y formal seguro. D. Bartolomé mismo, que andaba de tranquila excursión exploradora entre los indios, necesitó refugiarse contra los cristianos en los fuertes más próximos al sitio de su estada. Y á la vista del fuerte acudió Roldán, hablando desde abajo con el Adelantado, constreñido á guarecerse tras angostas ventanas y aspilleras. Y como éste le arguyese con su rebeldía y le conjurase á dejar una vara de Alcalde convertida en lanzón de faccioso, mofóse mucho de sus frases, volviéndole con menosprecio la espalda y merodeando á su arbitrio por todas partes, con lo cual padecían los indios, pues las dos castellanas huestes, la fiel y la traidora, se metían á esclavizarlos para conducirlos al mercado y granjearse así desmedidos lucros.

Llevando ancha vida Roldán, arrastraba consigo á la gente de mal vivir y campaba por sus respetos al extremo de tener en cerco y sitio al Adelantado, quien lo pasara muy mal, si, como auxilio venido del cielo, no llegaran unas carabelas expedidas en los comienzos de su tercer viaje por el Almirante y no le aportaran morales y materiales recursos. Pero, como los indios recibieran el choque de todos, y tocaran grandísimo detrimento en sí propios y en todo lo suyo, subleváronse hasta los más apartados, como las tribus ciguayas, quienes rompieron en guerra y cerraron en formidable combate con los nuestros, saliendo, según dice un historiador del tiempo en su lenguaje sencillo, maltrechas y desbarrigadas. Los cuatro caudillos ó caciques indios mayores de la isla, Guacanagarí, Caonabo, Mayonabex y Guarionex fueron sometidos á los españoles, el primero de grado suyo, los demás por fuerza y violencia de armas. Al caballo, al mosquete, al hierro de las espadas y al fuego de los tiros juntó el Adelantado los perros de presa, que la hacían horrible por todo extremo con sus voraces dientes en las carnes del desnudo indio y las destrozaban en humeantes y cruentísimos pedazos.

VI

Así las cosas, un viernes, postrero día de Agosto en el año mil cuatrocientos noventa y ocho arribó Colón á Santo Domingo. Después de haber abrazado con efusión al Gobernador, enteróse con dolor del entuerto de Roldán y se propuso enderezarlo con celeridad. Por todo se podía pasar, menos porque, despachados nuevos correos, llegasen á Castilla cuentos de rebeliones y desastres, desdorosos para las empresas seguidas en esta sazón é impeditivos de las empresas futuras. Así Colón, después de haber puesto á recaudo cuantas fortalezas y pertrechos pudieran caer en manos de los rebeldes, promulgó una orden autorizando el regreso á Castilla de todos los colonos malhallados con su condición y suerte, así como diputó embajadores á Roldán, conminándolo para que reconociese su falta con sinceridad y á partido se diese con dulzura, segurísimo de obtener perdón por lo pasado y favor en lo venidero. Pero, á la manera feudal, contestáronle Roldán y los suyos que les des-

placía mucho volver á su obediencia y le demandaban la venia para despedirse de la vivienda que con él tuvieron anteriormente convenida y ajustada. Humilde carta respondió Colón á este desacato, en la cual carta le decía su muy amado amigo al faccioso y le contaba como pusiera en él tanta confianza cuanta en el propio hermano Bartolomé, rogándole no le acibarara su regreso con aquellos desplaceres y enojos. Alguna mella la carta hizo en Roldán y grande disposición de transigir sintió. Pero, como acontece á los criminales, por ley natural esclavos de sus cómplices, no estaba en disposición de persuadirlos á la concordia con tanta facilidad como él mismo se había persuadido al reclamo de la conciencia y al consejo de la carta. Viendo la rebelión exacerbada, ya fuese por culpa del jefe, ya fuese por culpa de los facciosos todos, pretendió el Almirante armar una compañía, que marchase al valle de Bonaio, donde Roldán merodeaba, y acometiera y apresase á éste. Mas no encontró setenta personas capaces de obedecerlo y seguirlo. En tal abandono un único remedio le quedaba, ó volverse á España, ó transigir con los rebeldes. Transigió, dirigiéndoles promesas de una general amnistía, en que los declaraba indemnes de toda culpa y devueltos á todos sus destinos como á todos sus honores. Presentóse Roldán en apariencia humilde, pero en realidad ensoberbecido; y después de haber hablado con el Almirante, no satisfecho al olvido anunciado por trascenderle á humillante misericordia, presentó un pacto, con cuyos cánones tuvo que convenir Cristóbal Colón por sospecha de mayores males y por miedo de mandar y expedir las carabelas á Castilla con tristes nuevas de rebeldías y desastres. Pero, conociendo los rebeldes cuán explotable aún era la debilidad nativa de su desacatado jefe y cuántas imposiciones podían prometerse de sus apuros y quebrantos, reclamaron mil nuevas concesiones á granel y le requirieron sin escrúpulo y con insolencia para que las firmara como en barbecho. Así tuvo que despedir las carabelas con cartas llenas de pésimas noticias y juntamente iban otras no menos terribles de los mismos sublevados. Á la vuelta de cierto tiempo Colón pasó por todo, aceptando lo rechazado en otras ocasiones y reconociendo sus dignidades á Roldán. ¡Buen cetro el de su virreinato, junto á la vara de Alcalde mayor que relucía en manos del rebelde! Para más pena llegó aquel heroico y marcial Hojeda, quien tantos servicios á Colón prestara en el segundo viaje, y que, valiéndose de autorizaciones forjadas en Sevilla por las malquerencias de Fonseca, había seguido la misma ruta que Colón, industriado en ella por el obispo; y á la vuelta, tocaba en la isla para perderlo todo con su presencia, cuando tantas veces en otras ocasiones, y mejor aconsejado, salváralo todo con su heroísmo. La inoportunidad horrible de su llegada se demuestra con sólo considerar que Colón debió valerse de Roldán en contra suya, y que Roldán y él fueron á las manos viéndose á la postre Hojeda constreñido al regreso, con dolor sumo de no haber podido urdir una caballada, según él decía en sus conversaciones, al Virrey, jugándole una mala partida, como si la desorganización general del virreinato le jugase pocas. Todo se revolvía contra el orden general allí. ¿Un hidalgo como Guevara se prendaba de princesa india, robándola, y decíasele no estar muy autorizado su entuerto?

Pues rebelión al canto. ¿Tenía este Guevara un deudo llamado Mojica, que le alentaba, y recibía por estos alientos justas reprehensiones? Pues también se rebelaba. ¿Se le infligía la última pena por sus conspiraciones y amotinamientos? Pues resistíase á confesarse para que no le matasen por inconfeso. Así no es mucho que viendo su resistencia, Colón, en un raptó de los que solían asaltarle tarde, pero con fuerza, lo cogiera, é inconfeso y todo, lo arrojara por las almenas á los fosos. Uníanse á estos conflictos los conflictos de religión agravados por la ondulante voluntad de los indios y sus neurosis que los inclinaban así á la nueva como á la vieja creencia con la mayor inconstancia.

Mas es lo cierto que algunas ermitas fueron incendiadas y algunos indios asesinados en estos conflictos, connaturales á cosa tan extraordinaria como el comienzo de una colonización española en aquellas vírgenes tierras. Y á los horrores de la guerra uníanse los horrores de la esclavitud. No pudiendo mandar oro, mandaba Colón siervos, repartidos entre los conquistadores como cabezas de ganado, con sobreposición á ideas religiosas, no bien ocultas bajo las costumbres y las tradiciones arraigadas. Así los cargamentos de carne humana; las encomiendas, ó entregas de indios á los colonos, para que los unos trabajasen mientras los otros vivían en ociosidad de sátrapas asiáticos; tantos y tantos problemas, como se mezclaban á las guerras civiles, á las miserias generales, á los daños sin cuento, decidieron al descubridor con sus imposiciones á que pidiese competente juez encargado de aliviar un poco sus faenas; y los reyes, cada vez más disgustados con las noticias enviadas de la Colonia, no se lo dejaron decir dos veces y expidieron el Comendador Bobadilla.

VII

Cuando abordó á Santo Domingo Bobadilla, en Marzo del mil quinientos, acababa de llegar la colonia por una serie de largos esfuerzos del Almirante y otra serie de mejoras que traía en su discurso el tiempo á tranquilidad mayor que la gozada en años anteriores. Sin embargo, poco antes del embarque de Bobadilla descendían en los muelles del Guadalquivir las cargas de siervos; y al desembarcar en las orillas del Hozama colgaban de las horcas en el aire corruptos cuerpos de tristes ajusticiados. Tres Colones mandaban en la isla entonces: Cristóbal y sus dos hermanos Bartolomé y Diego. Tenía éste la gobernación de aquella capitalidad y estaban los mayores de correría por el interior. Y siendo tres los de su familia y apellido, aún pedía Cristóbal que le mandasen al primogénito de sus varones, á Diego; con lo cual á Fernando V recordaba la espina que más tenía en su corazón, el carácter hereditario tolerado en algunas dignidades del descubridor con ofensa y mengua de la unidad interior del Estado, á tan subido precio conseguida sobre los desórdenes feudales. Tamañas muestras de cariño entre los individuos de la misma familia, si bien arguían domésticas virtudes y afecciones morales de primer orden, iban en inte-

ligencias, como la inteligencia de Fernando, muy suspicaz, ingiriendo la sospecha de que los Colones requerían y buscaban la fundación de una dinastía ultramarina en los territorios descubiertos por los recursos y las fuerzas del Estado español. Es lo cierto que las comarcas aquellas ardiendo, las guerras civiles entre sus colonos desatadas, el poder público desacatado, la rebelión crónica, los funcionarios sin paga, los soldados sin disciplina, el Erario sin recursos, la suma de sacrificios estériles unida con la suma de plagas diarias, los indios repulsivos á la religión y al nuevo gobierno, el mar manchado con barcas de carne humana repletas, la multiplicación de cadalsos junta con la mengua de tributos, el crimen de las encomiendas ó repartos de siervos y la efusión de sangre cambiaron el juez pesquisidor demandado por Colón, para que, bajo la sombra suya y por delegación de su autoridad, reprimiese los crímenes y castigara los criminales, en durísimo inquisidor de los que persiguen y encarcelan á los altísimos reos de atentados á la seguridad general y á la integérrima existencia del Estado. Las noticias difusas en el ambiente de Sevilla; las traiciones lamentables de hombres, cual Hojeda, tan heroico y tan audaz, al común trabajo; la serie de informes idos á la corte y agravados por las francas confesiones y las repetidas querellas del descubridor; las maniobras del Obispo de Badajoz encaminadas á perder el concepto de Colón en los ánimos de ambos monarcas; el espectáculo presentado por la gente que volvía con sus respectivas cabezas de siervos; las calumnias múltiples empeñadas en atribuir un conato de conspiración en el Almirante á levantarse con el imperio de las Indias imbuyeron tales ideas al Comendador Bobadilla que se marchó y llegó bajo la obsesión de habérselas con enemigos declarados de su patria, merecedores por tanto de un ejemplar castigo como el que inflige la razón de Estado sin piedad á quienes la vulneran, siquier lleven una corona de monarca. Imposible de todo punto explicar su proceder, si no lo consideramos compelido al empuje de un juicio, equivocado en sus orígenes, pero impuesto al Comendador así por la naturaleza de sus extraordinarios poderes como por la suma de ideas respiradas en el viciado aire de la corte, donde se había llegado hasta insultar en los patios del Palacio Real de Granada, sin respeto ninguno al sitio donde vivían y al cargo que desempeñaban, las personas de los dos muchachos del Almirante, Diego y Fernando, adscritos al real servicio y pajes en las palatinas ceremonias. No, no cabe imputar á Bobadilla la triste ligereza de Aguado. No cabe imaginar se propasara el Comendador adonde se propasó en sus disposiciones y decretos, si no le persuadía una excepcional convicción de que preservaba el Estado español á un grave peligro y contraía por ende, si usaba componendas ó complacencias, una grave responsabilidad. Llega, desembarca, lee los poderes concisos que se le han dado; recoge todo cuanto á los Colones perteneciera desde los tesoros hasta los papeles; en profundo y húmedo calabozo recluye á un hombre tan dulce como el Gobernador de Santo Domingo y á un hombre tan fuerte como el Adelantado; y rodeándose de las fuerzas y de las armas que hubiera menester un general ido á destituir y apresar otro general puesto al frente de un ejército innumerable, priva del

aire y de la luz casi, en aquel suelo recién hallado, al milagroso profeta, que debía parecer sobre la isla, surgida en el espacio á sus evocaciones y á sus conjuros, como el Eterno sobre su creación.

VIII

El principio de la razón de Estado, acreditadísimo entonces, puesto en cánones á la sazón por Maquiavelo, ¡ah! lo explica todo. Colón debía sospechar que lo juzgaban en la corte como un obstáculo á la unidad monárquica y que las dificultades ineluctables surgidas por doquier á su paso le habían picado como víboras y asesinado-lo, cuando, al entrar en su calabozo un emisario de Bobadilla para notificarle la orden de marcha, creyó que le notificaba la sentencia de muerte y que le apercibía compungido para el cadalso. Hay quien, confundiendo la comisión de Aguado con la comisión de Bobadilla, imputa los procedimientos seguidos por este á livianas ligerezas y á pueriles vanidades como las propias de aquel improvisado gobernante. No, Bobadilla pertenecía, por su nacimiento y sangre, á la raza más comedida y grave, como buen aragonés, de toda la península; estaba en edad ya de circunspección y madurez; ejercía dignidades, que llevaban consigo suma gravedad; era todo un comendador de Calatrava; y ora procediese por imposiciones verbales del Rey, muy contrario á lo que cediera en detrimento de la unidad monárquica; ora procediese porque Fonseca le hablara de crímenes y conspiraciones posibles, en su odio cruel al descubridor, y le persuadiese á una violencia legal y jurídica semejante á la ilegal y militar que Hojeda ideó y estuvo en vías de cumplir, procediendo como procedió, creía no alardear de poderoso y grande, sino servir con un verdadero esfuerzo y un enorme sacrificio á la patria. Pero la humana conciencia, el sentimiento público, la historia universal no entienden de tales cosas, no. El que había desflorado la virginidad del agua tenebrosa, conducido con hierros por el espacio iluminado al resplandor de su idea; el que había renovado la vida, puesto por violencia dentro de un ataúd flotante y amortajado como un cadáver en la región misma por él arrancada con martirios sin cuento al silencio y al secreto de los abismos; el que había dado á España una creación entera privado de su libertad personal, ofrecía contraste de suyo tan enorme y desmesurado entre lo grandioso del servicio rendido á la humanidad y lo terrible de la pena infligida sin género alguno de consideraciones á la gloria convertida en crimen, que no hay medio de rehabilitar á Bobadilla, ni excusarlo, como no hay medio de persuadir al humano linaje que defendían el templo de su Dios y la salud y la paz de su patria los pontífices del Sanhedrín judío congregados contra el sublime Redentor, cuyas palabras atraían el odio de los Césares omnipotentes sobre la cabeza de Jerusalén malherida. Luego la noble conformidad del sublime Almirante con los decretos del destino adverso; la obediencia que prestó en su desgracia y en su dolor al mandato de los reyes y el acatamiento deliberado á la superior autoridad de éstos;

la medida con que dirigió á lo alto sus quejas y el recato con que devoró en lo profundo sus lloros; la resistencia invencible á que le quitaran por bondad los grillos, puesto que sus superiores creían merecerlos él en justicia; el carácter de mártir, con cuyo nimbo á la posteridad se ofrece de grado sobre su calvario, sin que dude un momento de Dios ni olvide ninguna de sus obligaciones con su protectora Isabel; aquella paciencia, únicamente concedida por el cielo á quienes les concede también la seguridad completa de cumplir un destino humanitario y de hallar un premio eterno en la conciencia universal, realzan por tanto modo á Colón que los días aquellos de injustos padecimientos hanle quizás granjeado su corona mayor y válidole para su incontestada inmortalidad. Así es el mundo. San Juan ha traído al Cristianismo toda su metafísica, San Pablo una gran parte de su alta moral; ha escrito el uno aquellos capítulos de su Evangelio dictados por el Verbo divino y ha escrito el otro aquellas epístolas en cuyos pensamientos la Sinagoga se agranda y universaliza de modo que llega hasta subir á universal Iglesia; pero como, ni uno, ni otro han pronunciado el sermón de la montaña; como ni uno ni otro, á pesar de perseguido el primero y mártir el segundo, han muerto cual muriera Cristo, en las circunstancias que rodean á la cruz del Calvario, no han obtenido el culto que nuestro sublime Redentor. Platón y Aristóteles forman las dos fases del humano espíritu; y sin embargo no alcanzan tampoco el culto que la humanidad ha prestado á Sócrates, pues, si han tenido una ciencia mayor, no han tenido una muerte tan ejemplar y santa como la del divino filósofo que bebió la cicuta. ¿Cuánta parte ha tenido Bobadilla en que haya quedado Colón, entre tantos descubridores insignes é inmortales de su tiempo, como el revelador sobrehumano del globo á toda la humanidad y á toda la Historia?

EMILIO CASTELAR